

—Dolores.....! Rafaelita.....! Pero esto es estar loco, Dios mio.....! añadió con desaliento.

Y sujetándose el corazón con fuerza, se retiró tropezando con los muebles, mientras que Rafaelita oprimía sobre sus labios un pañuelo para no llorar á gritos.

II.

RAFAELITA, la muchacha á quien acabamos de conocer, era una de esas mujeres de las que el mundo dice, al verlas de léjos: ¡es lindísima! pero los que la trataban de cerca, los que podían apreciar las cualidades de que estaba dotada, exclamaban: ¡es un ángel!

Era de cuerpo mediano, pero bastante delgado; de una de esas constituciones nerviosas y excitables, que parecen muy débiles, y que, sin embargo, tienen una fuerza asombrosa para sufrir; seres semejantes á la caña, que un leve soplo doblega y que no troncha el huracán: criaturas delicadas, naturalezas de ángel, *angelificata caro*; ¡mujeres, en fin, á quienes es imposible ver sin adorarlas!

Su rostro, perfectamente ovalado, tenía cierta expresión enfermiza de melancolía y sufrimiento que lo hacían en extremo simpático é interesante, y le daban ese aire de espiritualismo que se nota en las vírgenes mártires de los templos heróicos del cristianismo. Su frente ancha, serena, bien formada, revelaba esa inteligencia tranquila en que Dios se refleja, como se refleja el firmamento en un lago terso y puro. Sus ojos modestos, grandes y medita-

bundos, tenían el color y la transparencia de una gota de café, y se adormecían bajo la sombra de una pestaña larga y sedosa, derramando un tinte de recogimiento y de meditación sobre todas las demas facciones.

Parecía hallarse todavía en esa edad en que la mujer conserva el perfume y la sensibilidad virginal de los primeros días de la adolescencia: al verla bajar tímida sus lindos ojos, y colorearse levemente sus pálidas mejillas, cualquiera la habría tomado por una niña que salía del convento. Sin embargo, contemplando su rostro, se percibían en él esa benevolencia maternal y grave, esa dulzura celeste, esa paciencia incansable que iluminan las facciones de las Hermanas de la Caridad, y que son la aureola de la buena esposa: ángel custodio que Dios, en una hora de bondad, concedió al hombre para que lo consolara en sus horas de sufrimiento, para que lo sostenga cuando vacila, y para que por medio del amor lo rescate para el cielo!

Su actitud era muelle y lánguida y su paso grave, cadencioso y leve, como si sus piés diminutos y torneados apenas tocaran el suelo; todos sus movimientos tenían impreso un carácter de gracia y de reflexión particulares.....

La historia de Rafaelita está de tal manera enlazada con la de Manuel, que sería imposible separarlas. La amistad, la simpatía y el amor forman lazos tan estrechos entre dos almas, que las confunden, y logran que desde este mundo la una viva de la otra.

Manuel fué el hijo único de uno de aquellos hombres del campo, toscos y rudos, que aparecieron cuando la in-

surrección; hombres que, bajo un exterior áspero, ocultaban un corazón noble y caballeresco, un carácter leal y firme, un valor incontrastable y una fé profunda. Este hombre tenía un amigo de la infancia, que fué el padre de Rafaelita. Vivían unidos como hermanos, con esa amistad que llega á convertirse en un lazo de sangre: y se querían de tal modo, que cuando el primero se casó, el segundo formó la resolución de hacer lo mismo para que entre sus hijos sobreviviera y continuase su fraternidad.

Manuel nació el año de 1823, cuando su padre, después de la consumación de la independencia y en los días de la abdicación de Iturbide, no aspirando á empleos ni recompensas, se había retirado á una hacienda del interior á reparar los descalabros de su fortuna.

Siete años después, el de 1830, vino al mundo Rafaelita, pero heredando una de esas enfermedades orgánicas del corazón, que si bien aceleran y duplican la sensibilidad, son el gérmen de una muerte prematura. Su nacimiento costó la vida á su madre, que sucumbió como esas plantas á las cuales solo es dado producir una flor.

Los dos niños crecieron como hermanos, arrullados por el amor de la madre de Manuel, que no hacía distinción entre ellos. Desde entónces se confundieron sus destinos como dos riachuelos que mezclan sus aguas y no forman mas que uno solo. Desde entónces también sus padres le pidieron á Dios que no los separase nunca.

El año de 1836 murió el padre de Rafaelita en los brazos de su amigo, y desde este momento, puede decirse con exactitud, comenzó á declinar para aquella familia el sol de la felicidad.

Al año siguiente cayó enfermo Manuel de una erisipela en la cabeza, que durante muchos días hizo desesperar de su vida. ¡Hubiérais visto entónces á aquel rudo campesino dar pruebas de sensibilidad tan exquisita! ¡no separarse por un momento, ni de día ni de noche, de la cabecera de su hijo.....! Al fin salió Manuel del peligro; pero por un error fatal en la curacion, quedó completamente ciego!

Este último golpe fué terrible para el padre. Esas naturalezas fuertes, que no tienen flexibilidad para doblegarse al sufrimiento, reciben de lleno los golpes en el corazon, y sucumben hechas pedazos, como el acero. ¡A principios de 1838 Manuel quedó huérfano!

Cuando al referir en breves líneas la historia de una existencia, hay que amontonar desgracia sobre desgracia, la mente se resiste á creer que pueda haber suerte tan cruda; pero que cada cual apele á sus propios recuerdos, y no creo haya quien dude despues de este exámen. ¡Quién no tiene en su pasado días negros que se suceden y se relacionan; larga cadena de dolor que arrastramos en la vida? Por el contrario, ¡cuánto distan frecuentemente de la realidad las mas exageradas novelas! ¡Cuántas historias hay ocultas en el interior de las familias, que se pierden entre Dios y el alma, que sobrepasarían á todo lo que se ha escrito si llegaran á revelarse algun día!

Durante los primeros meses de su viudedad, la madre, en cuyo corazon habia ido atesorándose todo el amor que ántes estaba repartido entre los miembros de la familia, empleó cuantos recursos eran posibles para volverle la vista á su hijo. Arrastrada al último por una de esas es-

peranzas imposibles, como solo puede alimentarlas ya una madre, se vino á México para apelar á todos los recursos de la ciencia. Pero la ciencia no hizo mas que decir á Manuel con su voz fria, inflexible y severa: ¡Adios ilusiones! ¡ya no hay luz para tí en el mundo.....!

¡Horrible sentencia! Hay dolores contusos que no tienen siquiera el alivio de las lágrimas; dolores silenciosos y sombríos que se concentran en el corazon y lo sofocan.....

Manuel, que á los quince años se veía de esta manera condenado á perpetua oscuridad, perdió hasta el último resto de energía y cayó en el mas completo desaliento, esa enfermedad mortal del alma que destruye hasta los deseos, que nos deja impotentes y sin voluntad de detenernos en la pendiente de nuestra ruina.....!

¡Todo parecia concluido para el pobre ciego, todo! Pero ahí donde terminaba el esfuerzo humano, Dios, que no abandona á los que sufren, ponía el amor; ¡el amor, esa luz, emanacion de la Divina Esencia, que señala á las almas el camino de la vida.....!

Como si Rafaelita hubiera comprendido desde luego la mision á que estaba destinada, desde que Manuel perdió la vista fué su apoyo, la *luz de sus ojos*, para servirnos de una de las expresiones de este. Puede decirse que solo para él vivía, solo para él respiraba; y nunca, aun en las horas de mas negra melancolía, lanzó el ciego un suspiro que no lo recogiera su hermana.

Rafaelita era una de esas criaturas que el infortunio hace desarrollar muy temprano: para ella no hubo infancia, esa edad de risa y juegos en que todo es de oro y

grana para los niños. Desde el momento casi de formarse su razon, tuvo que olvidarse de sí propia para consagrarse á consolar y aliviar al que veía sufrir á su lado: era un ángel alimentado con lágrimas y creado para el amor.

Educada bajo la amorosa é incesante vigilancia de la madre, su corazon se conservó casto y purísimo, sin que se albergara en él ninguno de esos sentimientos que mas tarde encienden una lucha fatal entre las pasiones. Cuando el alma permanece de esta manera vírgen, no se empañan ni se borran esas ideas primitivas, esa imágen de la belleza esencial, grabadas en ella durante el tiempo que ha permanecido en el seno de Dios, contemplando, participando y reflejando su perfeccion, * y que son como un presentimiento de su futuro destino, como una fuerza que la atrae hácia el Criador, y que la obliga á concentrarse en sí misma y elevarse mas allá del mundo de los sentidos para gozar anticipadamente de la dicha que la espera. Tal era, en resúmen, el fondo ó el carácter de Rafaelita: una mujer sencilla, criada en la soledad, cuya alma, ideas, sentimientos é instintos, tendian á elevarse al cielo, como la parte espiritual de las flores, el perfume. La religion para ella no era obra de la razon, era un sentimiento de amor natural, irreflexivo, espontáneo: amaba á Dios, no porque era Dios y le habia dado la vida y todos los beneficios que gozaba, sino porque habia en su corazon una especie de apego, de aficion, de tendencia, de parentesco—no sé cómo expresarme—hácia ese Sér infinito, del cual provenia y hácia el cual se sentia atraida

* Platon, in Phædr. Ciceron, I de Leg.

como por una vorágine. Era la religion de uno de esos corazones ignorantes y amorosos, para los cuales, como dice San Agustin, orar es espirar; * corazones llenos de fé, que se ignoran á sí mismos, y que Dios debe acaso preferir, porque son como unos diamantes purísimos que absorben y concentran en sí, como en un foco, los rayos del amor divino y lo esparcen en torno suyo sin mezcla, ni sombras, como una irradiacion luminosa.

Si no hubiera sido por Rafaelita, fuerza es repetirlo para que se comprendan los tesoros de amor que encerraba su alma; tal vez habria sucumbido Manuel al peso de su dolor. Pero la niña, sin comprender todavía la santidad de su papel, instintivamente, por solo el presentimiento, la tendencia de su corazon de mujer, se consagró con toda su alma al pobre ciego, hallando palabras de consuelo, atenciones delicadas para reanimar su valor, é infundirle la resignacion, ese heroismo del sufrimiento.

Absorta en tan piadoso ejercicio creció Rafaelita. ¿No os parece que esta excitacion perpetua de su alma, debia influir poderosamente en su organizacion física y moral? ¿No creéis que la concentracion de sus facultades debia disipar mas temprano las sombras de la infancia en que yacia adormecido su corazon? Y este, ¿no era natural que se ensanchara, como la retina del ojo cuando la hiere de lleno la luz?..... ¡Así fué; y desde muy tierna habia en su fisonomía, siempre pálida, cierto aire de gravedad y de meditacion que la distinguia entre las demas niñas; es que las otras desparramaban en torno suyo, pródiga é inútilmente la vida, miéntras que ella la concentraba en

* Orare spirare. San Agustin. De Civit. Dei.

su corazón para elaborar los tesoros de amor de que se alimentaba su alma! es que las otras se extendían sobre la tierra, como esas plantas muy frondosas que gozan de la naturaleza; mientras que ella, erguida y solitaria, se elevaba buscando la luz y el aire puro!

De esta manera había llegado á adquirir un aire de ascetismo que parecía desprenderla de la tierra. Esas criaturas que concentran sus facultades morales en un solo punto, logran al fin aislarse de cuanto las rodea, é imprimen en su naturaleza el sello de su pensamiento. Al verlas se diría que son seres cuya carne tiene algo de etéreo, que se sostiene en el aire *sicut virgula fumi*, que solo aguardan el momento de elevarse hácia donde el alma se siente atraída, como un perfume visible, como un rayo de luz encarnado!.....

Concentradas de semejante manera las facultades del alma en un solo punto, adquieren, es cierto, mayor potencia y claridad, como los rayos de la luz reunidos en un foco, pero aceleran la vida animal, hacen *vivir mucho en poco tiempo*, y consumen el cuerpo como una lámpara que arde toda á la vez. * Esta es la causa de esa madurez precoz que se advierte en las personas consagradas al culto interno del alma.

Yo creo, y la ciencia lo confirma, que el cuerpo sigue hasta cierto punto las leyes de perfección á que está sometida el alma. ¿No habeis reflexionado alguna vez en que hay una escala ascendente en la organización animal? ¿No convenís en que entre los mismos hombres se nota

* J. J. Virey, De la physiologie dans ses rapports avec la philosophie.

cierta diferencia: linfáticos, sanguíneos, nerviosos: * los unos torpes, pesados, lentos; los otros ardorosos, impresionables y delicados, como si su carne hubiera ido depurándose de todas las partículas pesadas, acuosas y corruptibles que contiene la de esos hombres que vemos crecer y vegetar inclinados hácia la tierra como una planta: aquellos necesitando alimentarse mucho para mantener su economía animal; estos aspirando, con el rostro levantado al cielo, no sé qué fluido luminoso, impalpable, como si este fuera el alimento principal de esas naturalezas espiritualizadas: *vescitur aura aetheria?*

Hay cuerpos celestiales y cuerpos terrestres, ** ha dicho San Pablo.

Rafaelita había llegado al último grado de perfección; á aquel en que el mismo cuerpo se purifica y se eleva, por decirlo así, arrastrado por el alma.

Yo creo, repito, que así el alma como el cuerpo están sometidos á una serie de progresos y desarrollos que van elevando al hombre de esfera en esfera á medida que se perfecciona. ¿No es este en realidad el efecto de lo que él llama ensancharse el círculo de las ideas?

La religión y la filosofía no pueden ménos que estar de acuerdo en este pensamiento: ¿qué otra cosa es el mundo sino la escuela del alma, el lugar de la prueba, el extenso palenque en que aquella conquista su corona de gloria ó sucumbe vencida?

* Prescindiendo de la diferencia que existe entre las diversas razas que forman la especie humana, yo creo, y las ciencias fisiológicas lo confirman, que hay entre los individuos de cada una de ellas cierta escala ascendente. Ragesiau.

** Sanct. Paul, Epist. I ad Corinth, cap. XV, v. 40.

Rafaelita habia llegado á adquirir una verdadera superioridad sobre Manuel: el ciego era fuerte, tenia una inteligencia clara, viva y creadora; y sin embargo, al ver juntos á los dos jóvenes, se adivinaba que el alma de Rafaelita estaba mas elevada que la de Manuel. Habia entre ellas no sé qué luz, y aquella la comunicaba á este. ¿No es esa siempre la mision de la mujer?..... El cielo, ha dicho madama de Krudner, para indemnizar á las mujeres de las injusticias de los hombres, les dió la facilidad de amar mejor.....

Yo creo que el alma de la mujer, así como su cuerpo, es mas delicada, mas fina, mas bella, mas espiritual que la del hombre.

Un escritor místico moderno * piensa que los ángeles y las mujeres se parecen en el rostro. ¿No habria mas razon para decir que las mujeres son ángeles encarnados? Tertuliano, Orígenes, San Clemente y otros Santos Padres creen que los ángeles son séres corpóreos, bien que revestidos de una carne tan hermosa como sutil: San Hilario, Teodoro y otros, creen que los ángeles ocupan un lugar intermedio entre la tierra y el cielo.

¡La mujer! criada dentro del paraiso en un momento de ternura y de bondad, ¿no será un ángel á quien Dios llamó del cielo para encargarle la proteccion del hombre?.... ¿No es esta idea la que ha hecho pensar á los doctores de la Iglesia de la manera que hemos apuntado?.....

Manuel y Rafaelita sabian vagamente, mejor dicho,

* Mr. Blanc Saint-Bonet. L'Unité spirituelle.

presentian que estaban destinados el uno para el otro; pero nunca habian fijado en ello su atencion. ¿Ni cómo era posible que un pensamiento de amor, tal como comunmente se imagina, hubiera descendido al alma de aquel, casi sofocada por el pesar y la inaccion? Y sin embargo, la hora en que á la voz poderosa de la naturaleza, todo corazon despierta, no tardaba en llegar.

El ciego se habia desarrollado completamente: era un joven alto, robusto y muy bien formado, cuyo pecho revelaba la fuerza y la energía. Su rostro era franco, movable y expresivo, sin que se le notara al primer momento la falta de la vista, porque tenia los ojos claros, aunque sin brillo ni transparencia. Su frente ancha y cruzada por gruesas venas que indicaban una complexion sanguínea, estaba coronada de abundantes cabellos negros, que armonizaban con una barba fina, pero espesa.

Manuel era fuerte como un atleta y candoroso como una doncella: tal era el resultado de la manera como habia vivido. Protegido por el amor maternal, pero aislado de todo comercio exterior, sus sentidos y su imaginacion se habian conservado enteramente vírgenes, sin despararramar su sensibilidad ni malgastar el calor de su sangre. Era un niño con el corazon de un hombre.

Seria ciertamente un estudio curioso examinar uno á uno los padecimientos de aquel corazon enérgico, pero infantil, en el cual todo se grababa profundamente; analizar el entorpecimiento y atonía en que estuvo hundida su alma; y luego contemplar, cómo sin recobrar la esperanza ni el consuelo, esa misma alma arrastrada por la fuerza que llamariamos vital, comenzó poco á poco á existir